

Sobre abanicos y distancias

Es difícil escribir sobre Octavio Paz*. En primer lugar, la energía avasallante de su obra tiende a sugerir malos consejos, parece obligarnos a elegir entre la diatriba insensata y la apresurada hipérbole, creyendo que con ello podemos ahorrarnos la discusión paso a paso de sus frecuentes maravillas. En segundo lugar, Paz es un poeta extremadamente inteligente, de ahí que pensar sobre Paz suele reducirse a una operación mimética, a sucumbir en algunos de los pliegues y repliegues de la reflexión del propio Paz. Roberto Hozven en su trabajado y, no pocas veces, luminoso texto *Octavio Paz. Viajero del presente* evita ambos escollos: sustituye *decir* la hipérbole por *mostrarla* en la lectura minuciosa de algunos textos de Paz y evita todo mimetismo recurriendo a varios saberes, entre otros, a los saberes del deconstruccionismo (saberes a veces también un tanto locos y, sobre todo, excesivamente sobrecargados).

Pero eso sí, más allá de esos saberes, Hozven muy razonablemente ha aprendido que «leer a Octavio Paz es recibir una invitación a un ejercicio de lucidez que se quiere compartida» (p. 157), invitación que lleva a Hozven a situarse constantemente «en estado de escucha» de Paz, porque, como él mismo nos lo dice hacia el final de su texto: «Hablar de verdad es hablar en estado de escucha, con la oreja tendida hacia los ecos de lo hablado, hacia el silencio preñado de voces ya dichas tanto como todavía no simbolizadas» (p. 291). Y para lograr tal situarse, Hozven elige la estrategia de leer a Paz haciendo girar su lectura en torno al oficio de traductor: por un lado, Hozven enfatiza que Paz es un traductor, y en varios sentidos de la palabra, traductor de textos en

Lecturas

cierta lengua a otros textos de otra lengua y, a la vez, traductor de silencios en textos, y también, traductor que hace con los ruidos y los gritos de sus amores y sus odios, y de la sociedad y de la historia y de la naturaleza que lo rodea..., otros tantos textos preciosos. Por otro lado, Hozven tampoco olvida que también él es, con respecto a Paz, un traductor. Pero ¿qué es eso, un traductor? Respuesta de Hozven: «el traductor se sirve de la lengua como un espacio de transmutaciones y deformaciones donde el sentido es más exploración de rutas inciertas, suprimidas o ausentes que traducción de un significado conocido de antemano» (p. 10). El libro de Hozven es eso, un conjunto de rutas inciertas, trazadas con imaginación y fervor, por algunas regiones de esa vasta y cambiante geografía llamada «Octavio Paz». En lo que sigue me limitaré a comentar una sola de esas «rutas inciertas» pero que considero importantísima: importantísima para el libro Hozven, para Paz, en general, para el pensamiento moderno. Me refiero a la oposición entre analogía e ironía.

Para discutir ambas figuras de la retórica, Hozven parte de la siguiente observación de Paz:

Si la analogía puede concebirse como un abanico que, al desplegarse, muestra las semejanzas entre el esto y el aquello, el macrocosmos y el microcosmos, los astros, los hombres y los gusanos, la ironía desgarrará el abanico.

Movimientos opuestos y complementarios, pues, las analogías se despliegan en el ejercicio de las correspondencias, de las continuidades fraternas, y las ironías, en la distancia, en la escisión. Sin embargo, en Paz con las palabras «analogía» e «ironía» se alude a algo más que a «figuras de la retórica»: son «figuras del espíritu» casi en el sentido con que Hegel usó esta expresión en su *Fenomenología*, o si se prefiere, se trata de perspectivas, de posiciones sobre el mundo y sobre sí mismo, de actitudes generalizadas. De ahí que no sorprenderá encontrar en cada una de esas figuras algo así como un conjunto de variaciones históricas, casi una historia interna de cada figura.

En relación con la analogía, se podría distinguir entre analogías directas e indirectas. Hozven empieza

* Octavio Paz. *Viajero del presente*, de Roberto Hozven, *El Colegio Nacional, México, 1994*.

por recoger el tratamiento que lleva a cabo Paz de la analogía directa por excelencia, la «analogía romántica» en tanto visión y «hay *visión* cuando hay práctica de una actividad conjuntiva» (p. 48); la analogía como visión es, pues, la conjunción directa de los diversos aspectos amistosos del universo. Pero Hozven se detiene más en el tratamiento que hace Paz de las analogías indirectas de la vanguardia, y en sus varias dimensiones. Primero Hozven analiza la forma que toma esta analogía cuando se constituye como un «sistema de permutaciones»; la palabra «permutar» significa «cambiar una cosa por otra», la «analogía permutadora» cambia ciertos espacios y tiempos por otros, inspirándose en la «conjunción pluridimensional de espacios y tiempos actualizados por la ciudad contemporánea» (p. 49). Luego nos topamos con la «analogía simultaneadora», «poética originada en el cubismo y en el futurismo; del primero retuvo la *presentación simultánea* de las partes externas e internas, anteriores y posteriores del objeto junto con la mostración de sus relaciones, del segundo retuvo la presentación del antes y del después» (*ibid.*). Ambos tipos de analogías indirectas pueden, sin embargo, usarse de diferente manera: el vanguardismo anglosajón usa las analogías indirectas para reconciliar la historia y la poesía e incluso para integrar la anécdota y la biografía en la poesía (Pound, Eliot...), procurando reconstituir algo así como una tradición para Occidente, «la ruptura poética de los vanguardistas latinoamericanos y franceses, en cambio, reafirma y extrema la estética de la excepción y del cambio» (p. 51).

Vayamos a la ironía. También en ella encontramos diversas fases, una historia. La ironía romántica representa una toma de distancia subjetiva frente al mundo, y es también «cruel y desvalorizadora del individuo u objeto sobre el que se aplica» (p. 52); en muchos sentidos, suele ser un gesto defensivo y hasta «autoritario»: «opera desde una posición de fuerza..., se sustenta en una subjetividad que no duda de los derechos de su razón impugnadora» (p. 55), de ahí que el ironista tienda a situarse en un plano superior a aquello sobre lo cual ironiza. Por el contrario, la ironía vanguardista o metaironía, como prefiere llamarla Paz, es del orden del no-poder: «ha perdido los derechos de la certidumbre y,

con esa pérdida, ha sustituido la voluntad de desvalorizar a los objetos que subyuga por el interés de revelar la interdependencia en que se encuentran con su observador» (p. 54), quizá en esta caracterización de Hozven, la palabra que haya que subrayar es «interdependencia», la metaironía vuelve interdependientes al sujeto que ironiza y al objeto sobre el que se ironiza; como indica Paz, la metaironía «pone en comunicación los opuestos».

Una especie de metaironía merece mención aparte: el guiño. Un buen ejemplo de guiño lo encuentra Hozven en la cuarta parte de *Arbol adentro*. Observa Paz:

Me pareció divertido dedicarle un soneto: él (Duchamp) habría apreciado el guiño.

Una forma tan tradicional como el *soneto* como homenaje precisamente a Duchamp..., Hozven se pregunta: «¿Parodia? ¿ironía? ¿burla?...» (p. 260). Su respuesta: «Todo eso, incluyendo el retorno de la ironía sobre el ironista: piedad y confraternidad interhumanas» (*ibid.*). Metaironía: la ironía vuelta sobre sí se reconcilia consigo misma y nos reconcilia con nosotros, con el mundo.

Podemos de esta manera ya reconstruir el ir y venir entre las diversas especies de analogía y de ironía como formulando para Paz el eje generador de su experiencia básica, la libertad: las analogías le proveen de palabras para articular sus más diversas aventuras, y las ironías le otorgan las necesarias distancias críticas frente a esas palabras, frente a esas aventuras. No obstante, recordemos que para Paz analogía e ironía no indican simplemente dos figuras de la retórica, sino también y, a la vez, dos actitudes generalizadas ante la vida. De ahí que no sorprenderá que, inmediatamente después de discutir acerca de la analogía y la ironía, Hozven pase a escribir sobre los «opponentes de la libertad»: sobre los oponentes de esa experiencia básica que conforman la analogía y la ironía.

Para Hozven no hay, para el latinoamericano, tentación más frecuente y más peligrosa en contra de la libertad que la tentación patrimonialista: «la sirena mayor que incitará al hispanoamericano a ceder a la fascinación totalitaria será su *socialización patrimonial*

lista, centrada en el respeto religioso y supersticioso de la persona del padre, jefe, dictador o señor presidente, y no de la ley pública» (p. 58). Lo que podríamos llamar la «confusión patrimonialista» es una especie de ese género que algunos filósofos denominan «confusión categorial»: se confunden las categorías de lo público con las categorías de lo privado y así, se trata al Estado y a las instituciones de la esfera pública y sus bienes como si fuesen patrimonio privado. Hozven caracteriza la «sociabilidad patrimonialista», la confusión patrimonialista, tal vez incluso podría decirse, la sensibilidad patrimonialista, de la siguiente manera (pp. 59-60):

a) «Predominancia de una moral y de un interés privado... que prescinde del interés del espacio público regido por una ley supraindividual».

b) «Ausencia de una opinión pública internalizada... La ley aparece como un cuerpo extraño, como un escollo».

c) «Indistinción entre lenguaje oficial y privado»: el lenguaje nunca sirve para la indagación personal, para el explorar, sólo para la confrontación verbal en busca de poder.

d) «Fidelidad supersticiosa a la voluntad del jefe patrimonialista..., más que contrato» social. Esta «confusión patrimonialista» tal vez ha sido reforzada por la falta de una real cultura secular, herencia de la fatal tradición clerical de España; en efecto, en América Latina los procesos de laicización se han visto interceptados «por la substitución de las iglesias por los partidos políticos como lugares de creencia colectivizados», lo que Paz llama «nupcias contranaturales de convento y cuartel».

Podríamos proseguir caminando por esta «ruta incierta» que Hozven nos ha ayudado a descubrir en la geografía del poeta mexicano, o intentar otras de las muchas rutas que Hozven nos propone... Prefiero, sin embargo, reflexionar un poco sobre lo ya comentado.

Si no me equivoco, Hozven en cada una de sus «rutas inciertas» en torno a Paz y también en ésta que hemos comenzado a explorar, nos propone muestras de lo que podríamos llamar «el espesor de las palabras». En nuestro ejemplo, ese «espesor» es claro. En primer lugar, Hozven parte de una distinción retórica, la distinción entre analogía e ironía tal como Paz la formula.

En segundo lugar, de inmediato Hozven se da cuenta que en Paz esa distinción desborda la retórica, se convierte, ante todo, en una distinción entre «figuras del espíritu», entre actitudes ante la vida, figuras y actitudes cada una con su propia historia. En tercer lugar, Hozven nos indica como Paz aplica esas distinciones entre figuras y actitudes a la memoria de la poesía y a sus diversos efectos en las diversas tradiciones: analogías indirectas y metáforas que reconcilian en las vanguardias anglosajonas, analogías indirectas y metáforas de ruptura en las vanguardias francesas e hispanoamericanas. En cuarto lugar, de la mano de Hozven asistimos a cómo eso que comenzó siendo una distinción retórica resulta en Paz también el eje de una experiencia ética y política: la experiencia de la libertad, o mejor, la aventura de la libertad y de sus múltiples luchas en contra de los obstáculos que constantemente hacen peligrar y hasta arruinan esa experiencia, esa aventura.

Como no podía ser de otro modo tratándose de una buena reflexión sobre Octavio Paz, este libro de Hozven nos ofrece, entonces, algo más, mucho más que un texto de crítica literaria, constituye también una discusión sobre aquello que conforma, en general, al sentido y acerca de las entrecruzadas relaciones entre el habla, la escritura, la historia y la mirada estética, ética y política sobre todo ello: con estas observaciones me despido del sugerente libro de Hozven.

Sin embargo, contagiado por su fervor, me gustaría insistir todavía sobre una expresión introducida al comienzo de esta nota: la «energía avasallante» que caracteriza la obra de Paz, energía que reencontramos en uno de sus últimos libros, *La llama doble*, libro que también se hace de analogías e ironías, esto es, de pasiones y distancias críticas, esa otra «doble llama», esa «doble llama» de la vida del espíritu.

Me limitaré a un solo ejemplo. Se trata de un libro cuyo tema es la sexualidad, el erotismo y el amor y cómo se expresan y hasta se constituyen en las diversas tradiciones y literaturas, de Safo a Proust, de Teócrito a Breton o Auden..., el libro, además, contiene incluso una sorprendente hipótesis acerca de cuándo y cómo nació el amor... Estos y otros temas son tratados con la habitual penetración de Paz. No obstante, de